

sonal fueron de repente útiles y siempre deslumbradores.» Pero estaba obligado por su mismo prestigio á superar constantemente la temeridad de los demás. En sus esfuerzos por parecer extremadamente bravo, la carne no siempre servía á la voluntad, y se cree (1) que en los momentos de combate en que se jugaba el destino de Francia, le cogía una especie de desvarío, durante el cual lo tomaba todo á burla.

No, no era un semidios, era un francés rebosando buen humor y gracia «que sabia ganar los corazones con ligerezas» (2). Pero á pesar de las pocas ilusiones que sobre los caracteres le habian dejado sus antiguas decepciones, no se cansaba nunca en sus esfuerzos de seductor: «el hábito de las angustias y necesidades de su primer estado de jefe de partido le habia enseñado á conocer á los hombres, á no pretender hallarlos perfectos, á no disgustarse por sus defectos.» Aún ingrato, era todavía amable. Su espíritu, tan sobresaliente como su valor, le permitia descuidar los intereses, encantar á sus enemigos, encerrarse en la prudencia, si era más útil. Sus cartas á sus capitanes son cariñosas; sus arengas hacian tanta impresion que podian escribirlas por la noche los oyentes, y conservaron muchas con todo su sabor, pero no con su tono, como tenian cuidado de decir «con aquella gracia que nadie sabría imitar» (3).

Contra este capitán vacila mucho tiempo Felipe II en hacer avanzar á su gran hombre. Arriesgar á Alejandro Farnesio con Enrique IV hubiera sido forzar la fortuna, y se espanta de esta peligrosa prueba. El conde de Egmont, el hijo del soldado de San Quintin y Gravelinas, es el que opone Felipe al caudillo de Coutras y de Arques.

Pero ántes que Egmont estuviera en disposicion de llevar sus valones á Francia, quedaba Mayena abandonado con los restos de su ejército: de repente supo, en su retirada, que la capital estaba otra vez amenazada.

El día de Todos los Santos, á las seis de la mañana, en medio de una densa niebla, escaló súbitamente Enrique IV las fortificaciones del arrabal de San German «donde habia gran número de herejes» (4) y comenzó á cañonear las de Paris. Se apoderó de Vaugirard y de Montrouge, hizo ahorcar á dos de los Diez y seis que

(1) Tallemant Des Reaux, edic. Montmerqué, t. I, p. 19.

(2) Saint Simon.

(3) Faye á Bellievre, 7 agosto 1590.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 170, 171 y 173, Bernardino de Mendoza al rey, noviembre 1589.

cogió prisioneros; pero comprendió que no podía emprender un sitio en regla sin ser ántes dueño del círculo de plazas fuertes que rodeaban á Paris. Sin dilacion partió hácia el Loira, recorrió ciento cincuenta leguas en siete semanas, tomó á Vendoma (5), Mans (6) y Alençon, y cayó por fin, enfermo, rendido de fatiga, en medio del invierno. Durante su enfermedad se le ocultó en el castillejo de la Motte-Freslon, en el fondo del Poitou (7). Pero el vigilante Mendoza supo que el adversario de Felipe II acababa de desaparecer. «Se halla mal de su indisposicion ordinaria, que es escupir sangre algunas veces y una especie de tísica,» escribia á su amo (8). Y durante este tiempo acogia en Paris á Tassis, su predecesor, y á Moreo, el hombre del dinero (9), que llegaban llenos de promesas y escribian juntos á Felipe II.—Desde la frontera hasta aquí no hay ya comunicacion entre los pueblos, ni tráfico, ni cultivo: las gentes están miserables y desalentadas (10).

Pero de pronto reaparece á primeros de marzo Enrique IV y pone sitio á Dreux.

En estas mismas llanuras de las cercanías de Dreux, veintiocho años ántes, se habia librado ya una de las batallas decisivas de nuestras guerras de religion. Enardecido Mayena por el recuerdo de la gloria adquirida por su padre en aquellos lugares y excitado por el ardor del conde de Egmont, resolvió atacar el ejército de Enrique IV que cruzaba la llanura de Ivry abandonando el sitio de Dreux.—Ha empeñado imprudentemente la batalla y la ha dirigido mal, decia Alejandro Farnesio que no tenia en gran estimacion los talentos militares de Mayena (11).

Era la mañana del 14 de marzo: viendo á los ligeros bajar de una altura «y pareciéndole buen juego» á Enrique IV mandó al gran maestro La Guiche que diera el *alto á los brazos*: era mandar hacer fuego á la artillería. Nueve descargas siguieron á esta orden.» Hubo estrago á buen seguro, y habiendo vuelto la pelota la artillería del duque, todo comenzó á moverse (12). La caballería del conde de Egmont, mezclada con los arcabuceros de á caballo y precedida de Fray Mateo Aguirre, que agitaba un crucifi-

(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 184.

(6) *Ibid.* pieza 188.

(7) Mad. de Mornay, *Memorias*.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1571, pieza 7.

(9) *Ibid.* K. 1569, pieza 201.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 201, el 30 de diciembre 1589.

(11) Carta del 24 de marzo 1590, citada por Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. II, prólogo, p. 73.

(12) Aubigné, tom. III, pág. 228.

jo (1), rompe los primeros escuadrones franceses, desbarata las filas de la infantería y penetra hasta nuestra artillería. Viendo la derrota de su primera línea y que «algunos huían más de cuatro leguas sin volver al combate» (2), mandó Enrique IV montar á caballo á sus jinetes de la bandera blanca, los cuales se ajustaron los cascos, mientras decia la oracion el ministro Amours, que habia cantado ya los gloriosos salmos de Coutras y Arquer. Luégo, *con semblante risueño*, dijo el rey: «Camaradas, amigos míos, si se os pierde la bandera blanca, buscad mi blanco penacho, que encontrareis siempre en el camino de la victoria y del honor» (3).

¿Qué podía hacer ya el conde de Egmont ante este huracán? Fonslebon le rompió el cráneo de un pistoletazo. «Teniendo que sostener el esfuerzo de dos mil buenos caballos, el ejército de la Liga no pudo resistir mucho tiempo (4), ni siquiera medio cuarto de hora (5).» Los reîtres reclutados con el dinero del rey de España, «huyeron á la primera carga viniendo á embestir, dice Mayena, con la caballería de Flandes y mis *cornetas* que debian combatir conmigo y que puestas en desorden casi todas no pudieron cargar;» los lansquenetes, que el aventurero Saint Pol habia reclutado á costa del duque de Lorena, «bajaron sus picas, diciendo que no querian combatir (6).» Se decia que Enrique IV se detenía «á cinco buenos pasos delante de cualquier otro, y no pudieron nunca con su formidable bosque de lanzas romper el escuadron del rey» (7).

Arrollado en la derrota, imposibilitado de reunir á su mando treinta caballos, en medio de tal espanto (8), Mayena galopó buen trecho; no se atrevió á refugiarse en Paris, «temiendo con razon la cólera y ligereza del pueblo» (9); y no echó pié á tierra hasta la noche en Mantes: despues, rendidos por tan larga carrera, apenas quitadas las botas y con mano temblorosa, escribió una triste carta á Moreo, el dispensador de los recursos pecuniarios (10), suplicándole tuviera la bondad de no retirarle su bene-

(1) Herrera, tom. III, pág. 195.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 72, *Relacion de Mayena*.

(3) Aubigné. Presenció este episodio.

(4) *Relacion de Mayena*, K. 1573, pieza 72.

(5) Aubigné.

(6) Mendoza al rey, 14 de marzo 1590, la noche siguiente de la batalla, K. 1571, pieza 58.

(7) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, p. 583. La narracion de Herrera, t. III, p. 195, parece haberse hecho sobre la *Relacion de Mayena*.

(8) *Relacion de Mayena*.

(9) Cheverny, *Memorias*, p. 499. Mayena fué luego de Mantes á Saint Denis.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 46, carta del 14 marzo 1590.

volencia. «Con muy gran pesar mio, añadía, os envío las tristes noticias que el portador os dirá, siendo ellas tales que la muerte me seria mil veces más agradable...»

Moreo esperaba con Mendoza las noticias en casa de la duquesa de Montpensier, la noche del 14 al 15, cuando llegó este correo: al mismo tiempo recibia una carta de su hermano, que servia de capitán en el ejército de la Liga (11): de esta manera supo que se habia perdido la artillería y que los alemanes no habian combatido, rindiéndose al principio de la batalla. Pero entrambos se consolaron con la falsa nueva de la muerte de Enrique IV; dieron cita á Mayena en la ciudadela de Saint-Denis y le infundieron bastante confianza para decidirle á dirigir una carta apologética al rey de España (12). Esta carta, escrita de su mano, refiere largamente los pormenores de la derrota, echa la culpa de ella á los alemanes en primer lugar y luégo al pánico que siguió á la defeccion de los cobardes. «Ni capitanes ni soldados tenian oídos para oirme. Esta desgracia que por juicio de razon no se podia prever, ha dado gran ventaja á nuestros enemigos.»

Lo que pensará Felipe II tanto inquieta á Mendoza como á Mayena: el belicoso embajador echa tambien á los alemanes la culpa de la infausta jornada (13), y escribe otra vez el día siguiente (14). Pero Felipe II no se deja dominar por estas emociones ni turbar por episodios: vive en otra esfera, lejos de los que obran y de los que mueren. El tiempo pasa; los reveses que se acumulan, los valientes que sucumben, no son nada en sus metódicas combinaciones. «No desplazó mucho este suceso al rey de España, segun yo advertí en el darle el pésame, observa Cabrera (15), porque entendió, añade, que si venciera el de Mayena, tenia resolucion de matar en Paris los 16 diputados de la Liga y hacerse llamar rey.» Felipe II conservaba aún en Madrid al embajador Longlée, que ocho años ántes le habia enviado Enrique III; pero sin hacerle confianza de las noticias que recibia sobre la batalla de Ivry.—«Y no seré yo quien se las dé, escribia Longlée (16), pues no por esto seria mejor visto.»

(11) Ms. Arch. nac. K. 1574, pág. 48. «Viendo perdido la artillería... los dos mil lansquenetes que S. Pol traxo de Lorena se rindieron al principio de la batalla.»

(12) Ms. Arch. nac. K. 1573, pág. 72, carta del 22 marzo, 1590.

(13) *Ibid.* K. 1571, p. 58.

(14) *Ibid.* p. 59, del 16 de marzo.

(15) Tom. III, pág. 415.

(16) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 1.^a Longlée al gobernador de Bayona. Longlée estaba aun en Madrid el 8 de abril de 1590. (*Ibid.* pág. 2, Longlée á Matignon).

El Sena venia á ser realista de Paris al mar, salvo en Ruan y Mantes. Mantes fué la primera en rendirse á Enrique IV; despues Vernon, Meaux y Melun, Provins y Corbeil, Lagny y Poissy (1), todas las ciudades por donde pasaban los abastos á Paris.

La cadena se extiende al rededor de la ciudad rebelde, y el hambre comienza pocas semanas despues de la batalla de Ivry (2), y va á reinar en ella con recrudescencias intermitentes; los comerciantes no venden, los operarios no encuentran ya trabajo, el dinero y el trigo se esconden en el fondo de las casas. El 4 de mayo de 1590 comienza el ataque (3); el 9 llega de Sens Enrique IV y toma á Charenton (4).

No quedaban más que unos 220,000 habitantes en Paris (5) é iban á morir la cuarta parte en los tres meses de estío (6).

«Por medio de la ciudad va una ancha calle de tiendas que, comenzando de la puerta de San Martin, la divide en dos partes hasta la puerta de Nuestra Señora, que á los lados tiene casas y tiendas y parece calle como las otras.» Esta magnificencia deslumbraba á los extranjeros. Las murallas de Carlos VI á la orilla derecha y las de Felipe Augusto á la izquierda, habian sido reparadas en 1536 por Boccadore, el arquitecto municipal (7); pero estaban mal conservadas y abiertas por brechas en muchos puntos (8). Verdad es que los cañones de Enrique IV no alcanzaban más allá de cuatrocientos pasos (9).

El duque de Mayena no habia creído prudente encerrarse en la ciudad sitiada; estaba en Perona, desde donde enviaba á España súplicas sobre súplicas para que se le enviaran dinero y soldados, ora dirigiéndose á Don Juan de Idiaquez (10), ora al mismo Felipe II «muy

(1) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 70. Sorpresa de Mendoza ante la rapidez de estos triunfos y discreto método del bloqueo. Enrique IV toma, además, durante las primeras semanas de sitio, á Palaiseau, Longjumeau, Brie, Bray y Nogent del Sena; poseia ya á Senlis y á Montreuil.

(2) Desde el 23 de abril. *Ibid.* K. 1571, p. 84, Mendoza al rey.

(3) Barthelemy, *Diario de un cura ligero*, p. 245.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 99.

(5) Lestoile, 26 de mayo 1590.

(6) Herrera, t. III, p. 208.

(7) Sauval, t. I, p. 43.

(8) Pigafetta, *Relazione dell'assedio di Parigi*. La sociedad de historia de Paris ha publicado en sus tomos III y VII, las relaciones mas curiosas de este sitio. La de Pigafetta está Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 40; y las de Panigarolles al duque de Saboya, se hallan *ibid.* 3947, fol. 273, y 3960, fol. 92.

(9) *Ibid.* pág. 53.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 75. Carta autógrafa del 10 mayo de 1590.

humildemente para que fuera servido emplear por algun tiempo su autoridad y sus medios á nuestra conservacion» (11). Hasta fué á Flandes «con el parecer del comendador Moreo, para obtener de Alejandro Farnesio algunas tropas.»

El mando nominal pertenecia en Paris al duque de Nemours, que se esforzaba en reemplazar en cada distrito al coronel jactancioso é inepto de la milicia burguesa (12) con uno de sus caballeros. Pero cada uno de los Diez y seis, como cada uno de los predicadores, usurpaba su parte de autoridad, aparentando á la vez someterse á la supremacia de Mendoza y de Gaetano el legado.

El cardenal Gaetano (13) era un italiano afable y letrado, para quien era funesta su mision en Francia. No bien hubo pasado la frontera, cuando le robaron su equipaje: á su llegada á Lyon, el estrado de la sala en que se le dió un banquete, se vino abajo. Libre de estos peligros, entra en Paris en enero precisamente durante el entusiasmo belicoso de la comuna, que envia diez y seis batallones á recibirle con salvas de mosquetería. «El, que habia oido hablar de la suficiencia y discrecion de tales gentes, hacia continuamente señas con la mano para que cesaran, pero ellos, creyendo que eran bendiciones que les echaba, volvian á la carga sin cesar» (14). Acababa de hacer renovar el juramento de la Liga, cuando supo la derrota de Ivry. Prepárase á evadirse ántes del ataque de la ciudad (15), cuando llega su sobrino Pedro Gaetano trayéndole la órden de permanecer en Paris (16). Se resigna humildemente y áun recibe con docilidad los elogios de Mendoza (17); pero es casi al mismo tiempo obligado á autorizar la incautación de todos los ornamentos de plata de las iglesias, para pagar á la gente de guerra (18), y muy luégo á bendecir una nueva procesion en medio de las importunas salvas de mosquetería: por delante de él desfilan hasta mil ochocientos frailes (19), todos con los hábitos arremangados, las capuchas atrás, el casco en

(11) Ms. Arch. nac. K. p. 77, carta autógrafa.

(12) Bol. Soc. hist. de Paris, tom. VII, inserta los nombres de estos caballeros.

(13) Este nombre ha sido casi constantemente disfigurado. Se lee Gaetano en las firmas. Véase, por ejemplo, Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 67.

(14) Legrain, citado por Alfredo Franklin, *Diario del sitio de Paris*, p. 130.

(15) *Ibid.* pág. 139. Es la relacion de un secretario italiano del nuncio.

(16) *Ibid.* p. 143.

(17) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 76; al rey, el 13 mayo 1590.

(18) Lestoile, 1.º junio 1590.

(19) Herrera, t. III, pág. 210.

la cabeza y el mosquete al hombro (1), cantando himnos y haciendo salvas, no con pólvora sola, por cuanto una bala vino á matar al capellan que el cardenal tenia al lado.

Estos frailes seguian siendo los verdaderos dueños de Paris. «Un pueblo, decia Enrique IV, es un asno que se deja llevar del ronzal, y principalmente el pueblo parisiense» (2). Los agitadores no eran solamente frailes, «ni pobres pedantes de la Sorbona, que han estado toda su vida en colegio;» eran tambien los procuradores. Estos agentes subalternos de la justicia se vieron súbitamente hechos amos del parlamento y del municipio, y se les volvió el juicio: trastornadas sus ideas, fueron víctimas de una fiebre frenética que acababa con ellos. Desde Pascua á Navidad de 1590 murieron sesenta y dos procuradores.

En este horno, todos los crímenes eran permitidos á los Diez y seis y á sus amigos.—«Un tonelero de los Diez y seis mató por su propia mano á una mujer muy honrada, viuda del relojero Greban, haciendo creer que era hugonota.—Uno de los Diez y seis, llamado Emmot, mató á un buen católico, llamado Minterne, para robarle cuatrocientos escudos.—Un tal Moret, con muchos otros burgueses, fueron echados al agua por haber dicho que seria bueno hacer la paz.»

Entre tantos crímenes, el más despreciable fué el más inútil: los Diez y seis tenian en sus manos rehenes, tanto más odiosos á la democracia, cuanto que eran un sabio y un artista. Cuando huyó de Paris Enrique III, dijo á su primer inventor de vidrio fino, Bernardo Palissy, dejándole en el Louvre:—Amigo mio, me veo obligado á abandonaros en poder de mis enemigos.—Los que os obligan, señor, contestó el artista, no podrán nada contra mí, porque sé morir (3). Palissy fué encerrado en la Bastilla por Leclerc, y abrumado «de miserias, necesidades y malos tratamientos» (4), á pesar de sus noventa años. El pobre sucumbió como la mayor parte de los rehenes de la Bastilla, y á la mujer que tenia el valor de llevarle la comida, dijo Leclerc riendo «que lo encontraria con sus perros en la muralla adonde lo habia hecho arrastrar como tal perro.»

Contra los Diez y seis no habia recurso: un burgués presentó querrela sobre un robo hecho

(1) Dom. Felibien, t. II, p. 1190.

(2) Lestoile, 18 marzo 1595.

(3) Aubigné, t. III, p. 216.

(4) Lestoile.

por Louchard. «La demanda no pudo tener curso, no habiendo jueces ni secretarios bastante audaces para tocar á ella, atendida la calidad del personaje» (5). En este terror son víctimas de la autoridad de la comuna hasta los mismos frailes, los cuales se dejan condenar á proveer de comida en las puertas de sus conventos «á los pobres del barrio que les serán designados.»

Como en medio de estos desórdenes, las pocas provisiones que se habian reunido habian sido agotadas, el hambre comenzó á hacer estragos desde mediados de junio. Paris estaba tan cercado, que desde el 14 de junio hasta el primero de agosto, no pudo recibir el mismo Mendoza una sola carta (6). Los sitiados «se comian las zurrapas de las candelas de sebo, y el pan regalado era de avena, y en lugar de vino usaban agua de regalizia» (7). Disputábanse el reparto de los carños y otras cosas más horribles (8); los más desesperados procuraban refugiarse en los arrabales, cerca del ejército real, y caian desfallecidos al llegar. «Todas las mañanas teníamos casos semejantes.» El legado concedia indulgencias (9), Bernardino de Mendoza «daba ciento ó ciento veinte escudos para pan todos los dias y hacia distribuir grandes calderas de sopa; despues de haber consumido todo su dinero, su crédito y el de su amo y vendido todas sus joyas y su vajilla de plata, entregó sus caballos (10). «Este veterano de los sitios flamencos no habia sido aún testigo de privaciones sufridas con tanta tenacidad, y no podia ménos de admirar, en cierto modo, á los que sucumbian al rededor de sus ollas de salvado. Desde 1.º de agosto habia superado en doce mil escudos el crédito que Moreo le habia abierto (11). A la sazón la cantidad de harina que en enero se vendia á dos escudos, valia ya ciento treinta (12). Un italiano afirma haber visto pan hecho con polvo de huesos humanos (13); pero no habia visto comerse á los niños; otro de los italianos del séquito del Legado (14), que vió tambien devorar el pan de huesos, añade que habia oido

(5) Lestoile.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 115, Mendoza al rey, 1.º agosto, 1590.

(7) Herrera.

(8) Aubigné, tom. III, pág. 236.

(9) Herrera.

(10) Chiverny, *Memorias*, pág. 500.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 115, Mendoza al rey.

(12) *Ibid.* pág. 121.

(13) Pigafetta, pág. 78.

(14) Corneio, *Breve y verdadero discurso de las cosas más notables...* Extracto de Alfredo Franklin, *Diario del sitio de Paris*.

decir á un presidente que se habían robado y cocido algunos niños. Puede creerse que sólo se cometió este crimen una vez y exclusivamente por los alemanes: los lansquenetes que estaban á sueldo de la comuna «comenzaron, dice otro testigo (1), á cazar niños, como perros, y se comieron tres, dos en el hotel de Saint Denis y uno en el hotel de Palaiseau;» despues de lo cual desertaron (2). La piel hablaba, dice uno de los familiares del legado (3); estaba amarilla y seca «y se encontraban todas las mañanas ciento, ciento cincuenta, y á veces doscientos, muertos de hambre en las calles (4). Hasta en casa de la duquesa de Montpensier se murió de hambre una criada.

Y todos aquellos papanatas sucumbian oyendo contar grandes victorias obtenidas en los otros barrios sobre el ejército real; henchíanse de noticias falsas (5), y se tragaban falsas proclamas (6) en que se decía que Enrique IV había autorizado á sus soldados á tomar el dinero de los parisienses, «sus mujeres de grado y sus hijas por fuerza.»

Entre tanto y á su vista tomaba el rey á Saint Denis (7) y dejaba que sus soldados recogieran á los desgraciados que huían del hambre, sistema contrario á las leyes de la guerra, pero que disculpó (8) diciendo que, si los hubiera rechazado á la ciudad sitiada, habrían muerto sin conmovier á los ligueros «que tenían la fuerza y la autoridad y provisiones de sobra para sus necesidades.» Permitía, también, introducir víveres, pero á buen precio: era una contribucion de guerra á cargo de los más ricos ligueros. Con esta idea tenía encargados á Givry y á Aubery du Maurier (9) «para que dejaran pasar á Paris todo el vino y leña que quisieran.»

Compadecidos de la miseria de los pobres, el cardenal de Gondi, obispo de Paris, y Espinac, arzobispo de Lyon, obtuvieron autorizacion del legado para tener una entrevista con Enrique IV, á riesgo de ser arrastrados á su vuelta á Paris.

(1) Lestoile, 16 agosto 1590.

(2) Pigafetta, pág. 79.

(3) *Ibid.* pág. 80.

(4) Corneio, pág. 46.

(5) Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 245, 252.

(6) *Ibid.* pág. 194.

(7) El 9 de julio 1590.

(8) *Cartas misivas*, tom. III, pág. 285.

(9) *Correspond. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, tomo I, pág. 50, carta del 20 nov. 1590. Era un servicio oficial regularmente organizado. Ha habido error en acusar á Givry de haber sacado de esto su provecho, puesto que obraba por cuenta del ejército real, no por la suya propia.

Enrique IV tenía en su mismo campo el consejo de ministros: había conservado á Revol, confidente de Enrique III, y llamado á Chiverny, canciller que cayó en desgracia algunas semanas ántes del golpe de Estado de Blois: Chiverny, tan ardiente partidario de la Liga hasta entónces, se dió prisa á abandonar sus empresas para acudir cuanto ántes al llamamiento del rey «sabiendo, decía (10), cuanto importa á un servidor que tenga su amo segura opinion y confianza de su fidelidad y de su afecto, cuando entra á su servicio.» Al verle llegar Enrique IV, le entregó las dos llaves del cofre de los sellos de Francia (11) y le dijo sonriendo: «Hé aquí las dos pistolas con que deseo me sirvais: con ellas me habeis hecho bastante daño; pero estais perdonado. Os dejo para ir á rogar á Dios á mi manera; rogadle vos á la vuestra.» Pero sus ministros y hombres de ley no penetraban fácilmente hasta él. «Toda la noche anda á caballo; se acuesta á las cinco de la mañana y se levanta á las diez... No habla más que con gente de guerra» (12). Se aprestó, sin embargo, á recibir en la abadía de San Antonio á los dos prelados que salían de Paris para proponerle una paz general (13).

—Segun eso, les dijo, Paris no quiere abrirme sus puertas, si la paz no es general: Paris se hace árbitro entre Mayena y yo. Es cosa chusca esto de ver una plaza hambrienta empeñarse en persuadir de la conveniencia de la paz al duque de Mayena, que está gordo y sano y á sus anchas. Los de la Union no temen que Paris sea desgarrado, con tal que saquen ellos un jiron: así, todos son españoles ó españolizados. Vos, señor cardenal, deberiais tener piedad de los que son vuestras ovejas; y vos también, señor arzobispo. En achaque de teología, no alcanzo mucho; pero sé lo bastante para deciros que Dios no quiere que trateis así al pobre por complacer al rey de España y á Bernardino de Mendoza.»

—Pero si Paris se entrega, se arriesgó á decir el arzobispo de Lyon, vendrá luego el rey de España á sitiario otra vez y á tomarlo.

—¡Vive Dios—exclamó el rey.—Si viene lo

(10) *Memorias*, pág. 504.

(11) Faye á Bellievre, 11 julio 1590, pág. 90, ed. Halphen, p. 90. Chiverny, *Memorias*.

(12) Faye á Bellievre, 9 julio 1590, pág. 81.

(13) Faye á Bellievre, carta del 7 de agosto, pág. 94. Faye asistió á la entrevista é hizo la reseña bajo la impresion del momento. Su carta se copió é insertó en la *Cronología* de Palma Cayet y en las *Memorias de la Liga*. La relacion oficial estaba perdida; pero se acaba de publicar por la Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 239 y está absolutamente conforme con la carta de Faye.

recibiremos como se merece.—Reprimiéndose luego, continuó con templanza:—He jurado contra mi costumbre; pero ahora os digo serenamente que por Dios vivo no sufriremos esa mengua. Quiero entrar en Paris; haré ahorcar á los que han sido causa de la muerte de tantos pobres, y aseguraré á los demás la paz y la libertad religiosa. Decidlo así para que no se os acuse de infidelidad para con vuestra patria.

Durante esta conferencia, se diseminaban los burgueses por los arrabales, se mezclaban con los soldados del ejército real «y en este encuentro muchos parisienses lograron su salida de la ciudad» (1); otros volvieron á entrar con ideas

más tranquilas; una especie de resorte dejaba asomar el buen sentido. La comuna reprimió rudamente estas tentaciones patrióticas, haciendo ahorcar á muchos burgueses «de los más significados,» y entre ellos al joyero Leprestre (2). Ocho días despues, no pudo impedir que salieran otra vez los dos prelados para declarar á Mayena que Paris se entregaria dentro de cuatro días (3).

Pero llegaba ya el ejército de Alejandro Farnesio. Enrique IV, que sabia cuánto arriesgaba continuando el sitio ante el amago de tal caudillo y tales soldados, evacuó los arrabales el 18 de agosto y sólo pensó ya en prepararse para una batalla.

CAPÍTULO II

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO FARNESIO EN FRANCIA

1590-1592

ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE FARNESIO EN FLANDES.—PRIMERA CAMPAÑA DE FRANCIA.—
LA COMPAÑÍA DE JESUS.—LOS MENDIGOS Y LOS TRAIADORES.—LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES DEL LANGUEDOC Y DE BRETAÑA.—
LOS ALIADOS Y LOS NEUTRALES.—
IMPOTENCIA DE LA LIGA.—SEGUNDA CAMPAÑA DE FARNESIO EN FRANCIA.—CATALINA DE BORBON

I.—Últimas campañas de Farnesio en Flandes

Viendo Alejandro Farnesio desaparecer la armada que había de trasportar su ejército á Inglaterra, juzgó necesario levantar la moral del soldado con un triunfo importante y rápido. En esta obligacion de dar cuanto ántes un golpe ruidoso, escuchó al inglés Grimstone, que le prometió la plaza de Berg-op-Zoom, mandada por el escocés Balfour. Los Países Bajos habían venido á ser el asilo de todos los malhechores de Europa. Eran ahorcados muchos, asalariados no pocos, y había ya la costumbre de vivir en una atmósfera de asesinatos y traiciones. Farnesio, que el año anterior había adquirido á Güeldres por mediacion de un escocés, esperó adquirir del mismo modo la ciudad de Berg-op-Zoom. Con esta idea escogió tres mil hombres de los más fuertes entre sus españoles é italianos, los condujo él mismo hasta el fuerte de la Cabeza, vió abrirse el rastrillo y

penetrar por la bóveda á sus soldados; mas luego oyó un espantable cañoneo. Emboscada la guarnicion en las estrellas y contra-escarpas, acechaba á los desgraciados y los abrasó sin que pudieran defenderse. «Oyendo el tiroteo Alejandro, fué tal su despecho que hubiera entrado en la plaza á no contenerle sus más íntimos (4).» Muy pocos fueron los que se salvaron. A Don Alonso de Idiaquez (5), que aunque capitán de una compañía de caballos, quiso hallarse como infante en esta ocasion, le salvó el sargento Limon, que le tomó sobre sus hombros (6) y le sacó á nado á través de los fosos de la plaza. Cuando Grimstone, autor de la estratagema, fué á preciarse de ella á la corte de Inglaterra, la reina Isabel le arrojó un bolsillo con estas palabras: «Andad á vuestra casa, donde me acordaré de vos para emplearos siempre

(4) Aubigné, tom. III, pág. 202.

(5) Hijo de D. Juan de Idiaquez. Llegó á ser duque de Ciudad Real y virrey de Nápoles.

(6) Coloma, pág. 10. A Don Sancho de Leiva le salvaron también sus soldados.

(1) Relacion publicada por Alfredo Franklin, pág. 208.

(2) Lestoile, 8 agosto 1590.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 117, del 17 agosto 1590.